

Eric Puchner

Ensoñación



AdN

**Eric
Puchner**

Ensoñación

Traducido del inglés por Javier Calvo

AdN

Título original: *Dream State*

Primera edición: marzo de 2026

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Copyright © 2025 by Eric Puchner
© de la traducción: Javier Calvo, 2026
© AdN Editorial (Grupo Anaya, S.A.), 2026
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.AdNovelas.com

ISBN: 979-13-87596-35-4
Depósito legal: M. 428-2026
Printed in Spain

Para Katharine y para Sy y Clem

«He soñado; queda fuera del poder del
hombre entender mi sueño».
БОТТОМ, *Sueño de una noche de verano*

El noroeste de Montana que retrata este libro
es una mezcla de geografía real e imaginaria.

I

Junio-Julio, 2004

Uno

Alguien que visitara la casa de Charlie Margolis en Montana —en realidad la casa de sus padres, que eran quienes pasaban los veranos allí— seguramente no se quedaría demasiado impresionado. Era una casa diminuta, llena de humedades y con los techos bajos. Tenía moquetas color beis de los años setenta, baratijas en todas las repisas y unos muebles de segunda mano que olían irreparablemente a humo. Alguien había pegado con cinta adhesiva un dibujo a mano de una guillotina en el dintel de encima de las escaleras, a modo de recordatorio de que había que agachar la cabeza. Por el suelo había juegos de mesa apilados en forma de zigurats. Un letrero publicitario antiguo —«CEREZA DULCE, DIRECTA DE LA RAMA»— colgaba de la pared de la angosta cocina, donde todos los electrodomésticos eran marrones. La cocina era marrón. La nevera era marrón. El microondas y el lavavajillas eran respectivamente marrón y marrón. También lo era la tostadora, aunque casi nunca las tostadas, que salían expulsadas de ella a intervalos aleatorios e imprevisibles, como un muñeco sorpresa. Había un porche encantador, renovado recientemente y con unas vistas fabulosas al lago; sin embargo, no te podías empapar de aquellas vistas, ni tampoco oír cómo rompían en la orilla las estelas de las lanchas, porque el jardín estaba separado de esta por una autopista por donde circulaba gran parte

del transporte de mercancías de la región. (El retumbar de los camiones remolque y madereros y el escopeteo de las Harley Davidson que pasaban a toda pastilla componían la banda sonora del verano).

Aun así, era el lugar favorito de Cece en el mundo entero. Detrás de la casa había huertos frutícolas: unos manzanos vetustos plantados por el abuelo de la señora Margolis, con variedades de manzana que llevaban nombres de caballos de carreras: Sweet Sixteen, Hidden Rose y Northern Spy. Había una hamaca en la que te podías tumbar a la sombra y leer mientras el sol centelleaba entre los árboles. Había matas de frambuesas, que se reponían a sí mismas mágicamente, como si estuvieran sacadas de un cuento de hadas. (En junio las podías recolectar en cantidades industriales, llenando cinco o seis cubos y, al terminar, las matas se veían exactamente igual). ¡Y qué decir de las cerezas! Siempre parecía haber un cerezo al alcance de la mano. Acababas con los dedos teñidos de rojo e inflados por la fruta, cruzabas corriendo la Ruta 35 y te tirabas al lago para lavarte, soltando un grito vigoroso por el frío y sintiéndote como un personaje de novela rusa. Al menos así se sentía Cece, como si hubiera abierto una puerta en su imaginación y entrado en un mundo predigital donde los gritos vigorosos eran lo último. Le encantaba el lugar, igual que a Charlie. De hecho, les gustaba tanto que se iban a casar allí, a más de mil millas de su ciudad. Algunos de sus amigos estaban molestos —el viaje en avión desde cualquiera de ambas costas era caro y nada fácil—, pero a Cece no le importaba. No se veía casándose en ningún otro sitio.

Y allí estaba ahora: su primer día sola en la casa. Había volado desde Los Ángeles con un mes de antelación. Los padres de Charlie estaban en su casa de Culver City y, claro, Charlie no podía ausentarse del hospital más de una semana: era anestesiólogo cardiovascular; acababa de terminar su residencia y

vivía amarrado al quirófano. Así pues, le tocaba a Cece asegurarse de que la boda fuera bien. A fin de ahorrar, pero sobre todo porque le parecía más auténtico, había decidido planificarlo todo ella. Estaba mirando su portátil, examinando fotos de animadores de bailes de cuadrillas, hasta que se decidió por una donde salía un tipo con sombrero de vaquero y cierta pinta de estar resacoso. La atrajo el nombre de su banda de músicos: Rod-O y sus Intrépidos Violinistas. Encajaba con el consejo que le habían dado sobre las bandas de cuadrillas: cuanto más ridículos fueran sus nombres, mejor.

—¿De qué es abreviatura la «O»? —le preguntó a Rod-O por teléfono. De fondo sonaba una tele a todo trapo. La banda a la que había contratado originalmente —los Magos de las Cuerdas Bailonas— había cancelado su aparición la semana anterior.

—De nada.

—No entiendo.

—Me gustó cómo sonaba, simplemente. Soy de Mamaroneck, Nueva York. Necesitaba algún detalle que destacara.

—¿Ni siquiera es usted de Montana de verdad?

—¿Qué significa «de verdad» hoy en día?

Cece frunció el ceño.

—¿Puede apagar la tele un momento? Está muy alta. —A juzgar por los acentos británicos que se oían, parecía estar viendo *Obras maestras teatrales*. A las diez de la mañana.

—Antes malvivía como nutricionista. Ahora soy animador de bailes de cuadrillas. Todo forma parte de la rueda cósmica de la vida.

—¿Estáis libres el 17 de julio? Es la fecha de la boda.

—Tengo que mirar el calendario. Tenemos un verano de mucho trabajo. Hay un festival en Burlap.

—¿Burlap?

—Es el nombre que me viene a la cabeza.

—¿Puede consultarlo y llamarme?

—Un momento. Se lo miro en un segundo. Tararí, tarará. Vale, parece, que, hum, sí, vamos a tener que mover unas cuantas cosas... y se lo tengo que comentar a los músicos, pero seguramente se lo podré arreglar.

Cece colgó, preguntándose si Rod-O no sería más intrépido que sus violinistas. Pero estaba decidida a concederle a la gente el beneficio de la duda, sobre todo en un sitio que no conocía y donde no vivía.

Salish, Montana, era uno de esos pueblos del oeste que vivían un momento extraño de transición. Empezó como un punto de comercio con los nativos, luego se reconvirtió en centro maderero durante mucho tiempo y, por último, volvió a reinventarse, esta vez como boyante destino turístico para amantes de las actividades al aire libre. Contaba con una cervecería artesanal, un restaurante de *sushi* llamado Vaya Rollo y una tienda de alquiler de bicicletas con barra de café expreso; al mismo tiempo, había una tienda de armas, un bar llamado Stagger Inn y una casa de empeños, cuyos empleados hablaban abiertamente de los «maricones». En el Bar Brasería Lazy Bear los lunes tenían los margaritas de oferta y te podías encontrar allí a un consultor comercial, a un par de guías de pesca y de vez en cuando incluso a algún vaquero. Sin embargo, te encontrabas principalmente a gente rebotada de las ciudades —en busca de diversión y actividades de montaña o bien de una vida distinta, aunque no demasiado— que casi nunca sabía exactamente qué estaba haciendo allí. Igual que le pasó a Rod-O por teléfono, a todos les costaba un poco explicar quiénes eran.

Cece se puso el bañador y fue al muelle, cruzando a toda pastilla la autopista en cuanto hubo una pausa en el tráfico. Solo eran las diez, pero ya había un flujo ininterrumpido de monovolúmenes, camiones con remolque y coches de alquiler.

El estruendo de la carretera, sin embargo, se evaporó en cuanto Cece cruzó el prado del cobertizo de las barcas y llegó al lago, que soltaba plácidamente vapor bajo el sol. El agua era tan luminosa que la obligó a entrecerrar los ojos. Los montes Mission se elevaban a su izquierda, erizados de pinos; más allá, al otro lado de la extensión de agua azul, los picos fantasmales de la sierra de Salish flotaban en la lejanía. Hasta que llegó allí, hacía tres años, Cece no había visto nunca nada parecido. Había crecido en Los Ángeles, donde los únicos «lagos» eran artificiales, y el agua —en caso de que pudieras llegar a ella—, estaba turbia y opaca. El agua del lago Salish era tan transparente que se podían ver hasta las rocas del fondo y distinguir los piscardos y los anzuelos perdidos como si estuvieran en el fondo de una piscina. La escalerilla que se hundía en el agua tenía el mismo resplandor vivo por debajo de la superficie que por encima; de hecho, de alguna forma, la mitad sumergida se veía más nítida, parecía más real, por mucho que las dos mitades no encajaran. Era como un mundo más perfecto que se hubiera desprendido del resto.

Cece se zambulló en el lago y salió a la superficie soltando un aullido de frío. En Montana proferías aullidos por la mañana y gritos después del almuerzo. O, al menos, Cece lo explicaba así. Le gustaba postular aforismos como aquel y, por lo general, le resultaba indiferente si eran o no verdad. Se quedó un rato flotando de espaldas en el agua cubierta de vapor y por fin subió la escalerilla temblando bajo el sol. Cogió vigorosamente una toalla de una de las sillas estilo Adirondack y se secó el pelo. Había un hombre de pie en la hierba, mirándola desde la base del embarcadero. Debería haberse sobresaltado, o incluso asustado, pero el lago era tan precioso que casi parecía de mala educación —poco generoso— imaginar-se cualquier cosa siniestra. El hombre llevaba un mono de trabajo y una gorra de camionero con pinta de que un burro se

la hubiera mordisqueado y escupido de vuelta a la cabeza. Tenía una de esas barbas lamentables que asemejan musgo y que no parecen tanto una decisión estética como una señal de rendición. A juzgar por su expresión, era como si llevara mucho tiempo sin ver a una mujer en bañador.

—Estás humeando —dijo el hombre.

—¿Cómo? —preguntó Cece.

—Te sale, ejem, humo del cuerpo.

Era cierto. Le salían volutas de vapor de los brazos. El tipo se mantuvo a distancia, plantado con su cuasibarba, de manera que Cece se ató la toalla en torno a la cintura antes de acercarse a él con cautela. Era Garrett Meek, el mejor amigo de Charlie en la universidad. Había crecido en Missoula y hacía poco que se había mudado a la zona, a un apartamento de Woods Bay. Cece, que llevaba tres años oyendo a Charlie hablar de Garrett y ensalzarlo con toda clase de anécdotas cómicas, nunca se habría imaginado a aquel tipo de aspecto adusto y vestido de mecánico.

—Iba camino del trabajo y se me ha ocurrido pasar a ver si necesitabas algo.

Ella se cruzó de brazos, en parte para taparse el cuerpo.

—Querrás decir que Charlie te ha llamado y te ha hecho venir.

Se sonrojó.

—No. O sea, es verdad que me ha llamado y me ha dicho que quizá necesitaras ayuda con unas cuantas cosas. —Se echó un vistazo a los brazos—. Te vas a morir de hipotermia si nadas por las mañanas. El agua se calienta un poco a mediodía.

—Alguien que tiene miedo al agua fría es un espectador de la vida.

—¿Eso quién lo dijo?

—Yo. Lo digo yo. En cualquier caso, el lago está precioso por las mañanas.

—Es un cementerio —dijo Garrett—. Todos los peces nativos han desaparecido. En los ochenta echaron gambas *Mysis* en unos cuantos lagos y ahora lo han invadido todo y se han cargado completamente la cadena trófica.

Cece frunció el ceño. ¿Quién era aquel tipo? No estaba claro por qué se había mudado desde la bahía de San Francisco hasta Montana, y Cece tampoco se lo preguntó. Charlie le había comentado que Garrett estaba pasando por una mala racha. Cece no estaba segura de qué significaba aquello, aunque sabía que, en el vocabulario de los tíos, «pasar por una mala racha» solía significar algo mucho peor. Algo así como depresión, adicción o ambas cosas. Ella sabía que un amigo de ambos murió en la época de la universidad, en un accidente de esquí. Aunque a Charlie le afectó mucho aquella muerte, al parecer Garrett no se había recuperado nunca. Ahora trabajaba en el aeropuerto, lo cual explicaba su aspecto.

—Charlie me pidió que te bajara el elevador de las barcas —dijo Garrett, señalando con la cabeza la vieja lancha *Crestliner* que había amarrada en su muelle—. Lo hice el fin de semana pasado. Ya está lista para zarpar.

—¿Por qué?

—Creo que su idea era que yo te llevara a pescar o algo así, en caso de que te aburrieras.

—Pensaba que habías dicho que el lago era un cementerio.

—Hay truchas de lago de sobra —afirmó Garrett, con el ceño fruncido. Había dicho «truchas de lago» como quien dice «violador de niños».

—Me alegro mucho de conocerte por fin —dijo Cece—. Te alegrará saber que Charlie no para de hablar de ti. Sobre todo cuando se ha tomado un par de cervezas. —Se miró el reloj—. El tipo del *catering* llega a las diez y media.

Garrett se quedó mirándola.

—Tengo que hablar con él de un par de cosas, como el menú; o sea, que debería ir a cambiarme.

—Ah, toma. Casi me olvido.

Garrett se buscó en el bolsillo, sacó una bolsita de plástico y se la dio a Cece. María. Tenía pinta de tener unos 3,5 gramos. Cece la usaba sobre todo para que la ayudara a dormir, aunque en el avión no se había atrevido a llevarla. Así pues, Charlie le había hecho el favor de conseguirle aquella hierba. Era un anestesiólogo cardíaco con contactos en el mundo de la marihuana. Cece le dio las gracias a Garrett Meek y le ofreció algo de dinero, explicándole que se había dejado la billetera en la casa, pero él murmuró algo que ella no entendió, negando con la cabeza. Por increíble que pareciera, Charlie le había pedido a aquel taciturno mozo de equipaje de aeropuerto que fuera el encargado de officiar su boda, insistiendo en que tenía facilidad con las palabras. De hecho, lo había definido como «el hombre más elocuente que puedas imaginar». Según la experiencia de Cece, llamarlo «hombre elocuente» era un flagrante oxímoron. Ella protestó —de manera enérgica—, pero, al parecer, aquello era muy importante para Charlie y Cece ya estaba organizando todos los demás detalles de la ceremonia; o sea, que cedió.

Ahora desearía haberse mantenido firme. El mero hecho de tener ante sí a Garrett ya era como recibir una mala noticia, como si la luz del cielo se esfumara. Quería deshacerse de él, despedirse de una forma que lo disuadiera de volver a visitarlos, pero él se dedicó a mirar con descortesía a la nada.

—Tenéis un águila pescadora en vuestra propiedad —dijo.

—¿Dónde?

Garrett señaló los árboles que flanqueaban la playa. Y, en efecto, encajada en la bifurcación de las ramas de un pino moribundo, como si una inundación hubiera empujado hasta allí el dique de un castor, había una maraña de palitos —un nido—

desde donde los contemplaba un ave preciosa. A la altura de los ojos tenía una franja de plumaje castaño, como si llevara una venda minúscula. El pico, con la punta curvada hacia abajo, parecía estar derritiéndose. Desde el nido se asomaban dos polluelos, feos como dinosaurios.

—¿Cuánto les falta para poder volar?

—Siete u ocho semanas —dijo Garrett.

—O sea, que seguirán ahí durante la boda —dijo ella en tono seco.

—A menos que antes los encuentre un águila calva.

Cece lo miró.

—¿Qué quieres decir?

—A las calvas a veces les gusta cazarlas en el nido. En ocasiones la cosa termina en una buena pelea.

—¡Qué horror!

Garrett se encogió de hombros.

—Las águilas también necesitan comer. No tienen ese... ¿cómo llamarlo? Remilgo «cuqui».

¿Acaso era su intención ser tan ofensivo? Cece contempló el lago, buscando con la vista águilas calvas. Por encima de las montañas se había formado un banco de cúmulos, oscuros por debajo como galletas chamuscadas. Mientras oteaba el horizonte, un rayo de sol traspasó una de las nubes, proyectando una película lejana sobre el lago.

—Vaya flipe —dijo, deseando que Charlie estuviera allí para verlo. Desde su apartamento de Los Ángeles se podía ver un minicentro comercial con un Kentucky Fried Chicken.

—Me pregunto cuándo fue la primera vez que un cavernícola, un australopiteco o lo que fuera, miró por primera vez el cielo y pensó: «Qué bonito. Voy a dejar lo que estoy haciendo para mirarlo».

—No sé —dijo ella—. Quizá fuera una mujer.

—¿Una mujer?

—Una australopiteca.

Garrett la miró con el ceño fruncido. ¿Acaso era sexista? Lo último que necesitaba en su vida era un filósofo de residencia universitaria salido del pasado de Charlie. «¡Qué hombre tan extraño y horrible!», pensó. El mono de trabajo le olía a sobaquina. Se sintió repentinamente deprimida, como si aquel tipoapestoso que no sabía sonreír le estuviera contaminando el Edén al que ella se había pasado el invierno y la primavera deseando llegar.

—Volveré a pasar dentro de un par de días —dijo—. Para asegurarme de que no te has vuelto loca ni nada por el estilo.

A Cece le dio la sensación de que Garrett hacía aquello —pasar a verla— por obligación hacia Charlie. Esbozó una sonrisa y lo vio cruzar el prado del cobertizo de las barcas de regreso a su camioneta, que hizo un estruendo digno de exhibición de camiones cuando Garrett arrancó el motor. ¿Cómo justificaba el hecho de conducir aquel monstruo alguien que decía estar cabreado por las gambas invasoras? ¿Y qué significaba que a Charlie le cayera tan bien? No es que le cayera bien; es que lo adoraba. A Cece ya le habría parecido inverosímil que fueran primos segundos; ¿cómo podían ser amigos íntimos? Por un momento, el hombre con el que estaba a punto de casarse le pareció un desconocido.

Cece volvió a casa, ahora temblando de frío. Nada más entrar se sintió mejor: el olor a madera de cedro; la moqueta cálida en los pies; la imagen de la vieja cuerda de tender de alambre en el jardín de atrás, con una sudadera olvidada colgando como un acróbata al viento... «Flor de oro» se llamaba la casa. (En la mesilla del café había un cuaderno titulado *La Biblia de Flor de oro*, lleno de instrucciones divinas).

Cece abrió el portátil y miró su correo electrónico: dos mensajes de Charlie, los dos de la última hora. *Ya te echo de menos, a punto de entrar en el quirófano*. En su trabajo, ma-

taba a los pacientes y los devolvía a la vida. O, para ser más exactos, les congelaba el corazón para que el cirujano cardiovascular se lo pudiera reparar y después se lo descongelaba para ver si la operación había funcionado. *¿Ha pasado por la casa Garrett M? Le he pedido que te llevara un regalo. Es un tipo guay, ¿no?*

Pues la verdad es que me ha deprimido a saco, empezó a contestar Cece, pero enseguida recobró el buen juicio y borró lo que había escrito. Estaba claro que para Charlie era importante que Garrett y ella se llevaran bien. Así pues, haría lo que pudiera para mostrarse cortés.

Parece un tipo genial, acabó escribiendo. *¿Puede que esté un poco solo?*

Cece subió al dormitorio, donde forcejeó para desencallar la puerta. No había ni una sola que cerrara bien; cada vez que conseguías abrir una, se abría otra telequinéticamente en alguna parte remota de la casa. Incluso aquello le encantaba. Se puso unos vaqueros y un viejo jersey de lana *ragg* que había robado del armario de Charlie, en casa, antes de seguir deshaciendo su maleta. Lo que había dicho del tipo del *catering* era mentira; vendría a última hora. Tenía el día entero para relajarse y recuperarse del hecho de haber llegado tan tarde la noche anterior; con la escala y con los trayectos de ida y vuelta al aeropuerto, el viaje entero le había llevado seis horas y media.

Enrolló un par de calcetines marrones en forma de bollo de canela y los guardó en el cajón superior de la cómoda de los Margolis, que olía a naftalina. «Una mujer con un cajón de los calcetines desordenado era una mujer en crisis», se dijo a sí misma. O quizá fuera lo contrario: una mujer que enrollaba los calcetines era alguien que estaba perdiendo secretamente el norte. Cece lo pensó. En momentos como aquellos —cuando su vida se detenía un segundo y las distracciones de

la boda la abandonaban momentáneamente— sentía un pánico vertiginoso en el pecho, como si estuviera a punto de tirarse desde un avión.

Se metió la mano en el bolsillo y sacó la bolsita que le había dado Garrett Meek. En general, consideraba a los que se colocaban antes del mediodía unos pringados. ¿Por qué? No tenía ni idea. En cualquier caso, ella lo hacía por razones médicas. Sacó un par de cogollos de la bolsita y los metió en la pipa que había limpiado meticulosamente antes de guardarla en el neceser de viaje. Luego encendió la cazoleta con una cerilla Blue Tip que había encontrado en la mesilla de noche y sorbió la llama de tal manera que todo pareció un truco de magia, con la cerilla ardiendo del revés.

Se sintió inmediatamente más tranquila. La luz del sol se derramaba por el agujero de las nubes, fragmentándose en forma de rayos crepusculares. Sobre el lago seguía proyectándose la misma película plateada, tan enorme y luminosa que parecía un espejismo. Cece pensó en la australopiteca; se la imaginaba echando vistazos a su alrededor para ver si la seguía algún tigre dientes de sable y luego olvidándose un momento de sí misma porque el cielo se veía extraño y precioso. Quizá la australopiteca se exponía a morir, corría un grave peligro, y, sin embargo, se detenía sin razón animal alguna, solo para contemplar las vistas. «¡Eh, boba!», le gruñían los demás australopitecos. «¡Vas a conseguir que te maten!». Pero a ella no le importaba. Arriesgaba la vida por las vistas. Y luego se escapaba de vuelta a su cueva, sintiendo dentro de sí una extrañeza nueva y peligrosa.

—Eh, boba —se dijo Cece en voz alta a sí misma, y luego dejó los calcetines en el cajón de cualquier modo.